TIEMPOS MODERNOS, número 42, junio de 2021
ISSN: 1699-7778
Sección: RESEÑAS
Recibido: 31-12-2020
Aceptado: 01-06-2021
Páginas: 459-463

HANOTIN, Guillaume, *Ambassadeur de deux couronnes. Amelot et les Bourbons. Entre commerce et diplomatie*

María Victoria López-Cordón Cortezo
Universidad Complutense de Madrid (España)
ORCID: https://orcid.org/0000-0003-4501-517X
mvlopez@ghis.ucm.es

RESUMEN

Reseña: HANOTIN, Guillaume, *Ambassadeur de deux couronnes. Amelot et les Bourbons. Entre commerce et diplomatie*. Madrid: Casa de Velázquez, 2018; 608 págs.

PALABRAS CLAVE

Diplomacia; comercio; Francia; España; Guerra de Sucesión española.

La asunción por parte de los Borbones de la Corona española fue una cuestión de oportunidad y, también, de fuerza, por el empeño bélico y los recursos empleados para poner fin a un pulso trabajosamente prolongado por ambas partes, durante casi un siglo. Es obvio que tuvo grandes costes para la Monarquía española, pero también para la francesa y que, dado el número de contendientes, los espacios geográficos afectados, los intereses y las largas negociaciones antes, en medio y después del conflicto, no fue, desde luego, una guerra dinástica más. De ahí que, a la luz de la historiografía actual, carezca de sentido preguntarse si significa el fin de un ciclo que Westfalia no había podido terminar o abre una nueva etapa. Su importancia en lo que respecta a la mundialización irrevocable del proceso histórico y su significación para aquellos países europeos que se vieron inmersos en la reorganización de los antiguos territorios de la monarquía española, incluida la propia península ibérica, no ofrece duda de que fue una conmoción mayor no solo por las operaciones militares, sino por las iniciativas políticas y económicas que se pusieron en marcha. Lo cual no se debió tanto a la cuestión sucesoria, jurídicamente bastante sencilla, como a los intereses no confluyentes de las muchas potencias participantes. Así, una creciente francofobia alineó a los protestantes y al emperador contra Luis XIV, buscando recortar la herencia que recibía, sin perder nunca de vista las posibilidades que ofrecía un imperio ultramarino, cuya suerte quedaba indefectiblemente ligada a la sucesión. Y es en esta doble línea, la de una guerra dirigida a preparar un orden político posterior y la destinada a abrir camino a unos intereses que tenían más que ver con el mercado que con el imperio, sobre la cual la historiografía reciente ha venido insistiendo, en la que este estudio, centrado en las relaciones hispano-francesas y subtitulado «entre comercio y diplomacia», se inscribe.

¿Ambición o utopía? Es el primero de los interrogantes que el autor se plantea, partiendo de las dificultades en que se vio envuelta la sucesión y las suspicacias que despertaba una alianza de familia, incluso entre quienes la propiciaban. Que el miedo a la desmembración fue decisivo a la hora de elegir al duque de Anjou como sucesor de Carlos II, es bien conocido. También que esta elección no fue ninguna sorpresa, dado el modo en que Luis XIV había cerrado la paz en Ryswick, poniendo fin a un largo ciclo de guerras y el reajuste de fuerzas en la corte española tras el fallecimiento del príncipe elector de Baviera. Ni en Madrid, ni en Versalles se pensó en ningún momento que el monarca francés contemplara asumir personalmente la corona española, si bien no dejó de plantearse que, en el caso de que un príncipe de su casa la obtuviera, quedaría con las manos atadas a la hora de beneficiarse de sus dominios. De ahí su opción primera a favor de la partición y, una vez conocido el testamento, el dilema e, incluso, las discusiones con su entorno, sobre aceptarlo o no y, en caso de hacerlo, en qué condiciones. La exclusión expresa de la reunión era un principio

inamovible, pero, como había sido el caso de los Habsburgo, nada impedía que una misma dinastía pudiera asentarse en monarquías bien diferenciadas. Es más, se habían puesto todo tipo de precauciones para que la unión personal nunca ocurriera, en los matrimonios de 1615, 1659 e, incluso, en el de 1679, de modo que, al aceptar la herencia, no fue la persona, sino los beneficios e inconvenientes de la unión dinástica los que se consideraron. Desde luego, los factores económicos pesaron mucho. Como ha resaltado Pritchard, Francia llevaba tiempo ensayando distintas estrategias de penetración en la América hispánica y los intereses italianos también pesaban, aunque se contemplaba ya como posible que, al ser feudos italianos del imperio, pasarían al emperador como compensación. Pero a la altura de 1700 no todo era cálculo y afán de poder. A la hora de la decisión, también pesaban motivos de muy distinto carácter, desde el compromiso de la sangre a la clara conciencia del cansancio de los súbditos por las calamidades sobrevenidas por las guerras contra la Liga de Augsburgo. Un providencialismo, más o menos explícito, hacía confiar en que se dispondría de tiempo suficiente para recuperar fuerzas, mientras que los estrategas hablaban de las ventajas de dirimir la guerra en suelo español, en el caso de resultara inevitable. Por todo ello, resultó importante, una vez tomada la decisión, elaborar un proyecto en positivo, es decir, dar cuerpo a una unidad dinástica que no pretendía la monarquía universal, ni confundía los reinos, sino que, tomando una idea antigua, reelaboraba la retórica de la colaboración entre dos grandes casas reinantes y la proyectaba sobre la conflictiva coyuntura del cambio de siglo.

Esta formulación, la de la unión de las dos coronas, publicitada apenas esbozada, logró cierto arraigo, sobre todo en Francia, pero también entre los españoles más afectos a Felipe V, y constituye la columna vertebral de esta obra que contempla otros muchos aspectos, algunos de ellos sustanciales, que el autor va desarrollando al hilo de esta proclama. La unión pretendía convencer presentando un designio constructivo que buscaba englobar algunas de las ideas, que no pacifismo, que venían alimentado algunas reflexiones teóricas desde el siglo XVI, muy especialmente a partir de la Paz de Westfalia, y dar, así, un giro radical a la vieja rivalidad hispano-francesa. Designaba una nueva relación entre «las dos grandes luminarias», desde el momento en que Felipe de Anjou se convirtiera en rey de España, que el propio Luis XIV formuló en sus recomendaciones a su nieto, insistiendo en su virtualidad para fundamentar una paz duradera y reportar ventajas para ambas partes. Como el mismo lema se utilizó en el sentido de amenaza, por quienes se oponían a la sucesión borbónica, se repite con frecuencia, en uno y otro sentido, en la publicística de la época y no pocos estudios, antiguos y modernos, han aludido a ello. Pero, la novedad de este consiste en analizarlo no solo formalmente, desde la perspectiva de la polémica o de un discurso instaurador, sino como programa que da sentido a la puesta en marcha de unas nuevas relaciones, políticas, diplomáticas y comerciales entre las dos monarquías hasta entonces enfrentadas.

La unión de las coronas, como proyecto, fue efímera, pero no faltaron decisiones y medidas que se tomaron en su nombre por parte del entorno de franceses y españoles que rodeaba a Felipe V, tal y como se expone, en la cuarta parte de esta obra. No de manera aislada, como el protagonismo de Amelot, parecería indicar, sino de manera compartida y consciente, tanto a través de una serie de reformas, como por la decisión consciente de utilizar el favor real en beneficio del propio monarca, fidelizando a sus partidarios. Gracias a los trabajos de Andújar Castillo sobre venalidad, se sabe que operó con una lógica dirigida a conformar un núcleo de beneficiarios de la nueva monarquía española, en Francia, donde no pocos se aprovecharon de la Compañía de Guinea y del comercio colonial y, desde luego, en España, donde la política de formar una clientela que penetrara en las instituciones, bien como recompensa a su apoyo a la nueva dinastía o como contrapartida por su disponibilidad económica para alimentar las exhaustas arcas reales, cambio de gracias y. Una fórmula que está en el origen de buena parte de la nueva nobleza filipina, que fortalecía la unión de las coronas, vinculando el servicio del rey y el provecho personal. Una intencionalidad que no contradice los muchos estudios que han señalado la importancia de la huella francesa en la corte, la economía y la política de la primera etapa del reinado de Felipe V (Désos, López-Anguita, Castro, Castellano, Dedieu, Dubet, Felices de la Fuente o Hanotin, entre otros).

¿Política o economía? Es otro de los ejes que estructuran la obra, ya que, desde el primer momento, la mezcla de esperanzas dinásticas e intereses comerciales está presente en los distintos niveles del contexto en que se inscribe la contienda: el del equilibrio entre potencias que preside la escena europea; el de las relaciones hispano-francesas que se mueven entre el recuerdo de un pasado conflictivo y los sueños dinásticos de Luis XIV y, finalmente, el de una realidad trasatlántica presidida por los intereses comerciales y el mercantilismo. Realidades que van borrando los límites de la dualidad enunciada, debido a la presencia de «negociantes negociadores», mercaderes convertidos en diplomáticos o financieros –como fue el caso de

Orry– que se responsabilizan de funciones de gobierno. Así lo explicita el creciente papel de los cónsules, hombres de comercio también, mediadores e intermediarios por oficio entre los dos países, cuya dependencia en el caso francés del secretario de Estado de la marina y las colonias y su tupida red peninsular les convierte en agentes activos durante la guerra. Una colaboración, la de diplomáticos y la red consular, especialmente bien documentada en la obra de Hanotin, en la que se aprecia como, desde una función que se considera subalterna, al no ser ministros públicos ni representar al rey, su actividad y sus informes les convierten en indispensables.

En lo que respecta a la administración y el gobierno, ambas preocupaciones van de la mano y no son ajenas al proyecto de unión de las coronas que, si en ocasiones, sirve de pretexto para atajar críticas, marginar a personas o instituciones hostiles a los intereses franceses o encubrir intereses personales, en otras, da sentido a las reformas que, tanto en el plano administrativo como financiero, se empezaron a poner en marcha. El cuadro desolador que los primeros embajadores, Harcourt y Louville, hicieron de la situación española, justificaba la injerencia francesa en los asuntos españoles, pero resultaba poco compatible con la retórica oficial, que la representaba como fuente de concordia y factor de fortalecimiento. Por ello se confió en los técnicos que, como Orry, querían conocer la situación antes de actuar, lo cual requería la colaboración de los administradores anteriores, para apoyar sus reformas en bases más firmes. Esto ocurrió, por ejemplo, con sus proyectos hacendísticos, que se inscribían en un plan de mayor alcance, pero que renunciaban al objetivo inicial de implantar el modelo francés, o con su diseño del sistema de intendencias, que se apoyaba sobre los corregidores. Es decir, sin expresarlo como tal, su opción a favor de una cierta continuidad, cimentada en la idea de que la hacienda y el gobierno político eran asuntos interdependientes, no dejó de responder a una visión colaborativa entre ambas monarquías, no tanto en el plano ideal, como en el de la praxis. Y es que, efectivamente, si en un primer momento su formulación se debió a agentes franceses, pronto estos pudieron contar con el apoyo de no pocos covachuelistas españoles, tan críticos como ellos sobre el funcionamiento de muchas instituciones, que fueron, en definitiva, quienes los llevaron a cabo después de su marcha. Así, por ejemplo, instituciones fundamentales como la Tesorería Mayor de Guerra o las Secretarías del despacho, se impusieron sin suplantar a los Consejos y transfiriendo sujetos de estos a aquellas. Que colaboración nunca significó reciprocidad, estuvo claro desde el primer momento, ya que los privilegios que en el nuevo Consejo del despacho tuvo el embajador francés, nunca los tuvo el embajador español ante Luis XIV, aunque este fuera el duque de Alba, ni su autoridad parangón con el de ningún otro país. Los desencuentros fueron frecuentes, pero ni Felipe V, ni su forma de gobierno fueron una imposición, ni los métodos para conseguir y mantenerse en el poder fueron distintos en los antiguos súbditos de Carlos II que en los de Luis XIV (Andújar Castillo, Bernal, Castro, Dedieu, Dubet, Hanotin, López-Cordón).

No es esta la única dirección en que puede detectarse la frágil línea que separa la política de la economía, ni el peso y los límites de esa unión de las coronas, que en definitiva era un paraguas, como tantos hubo en el pasado y no solo entonces, para dar sentido a aspiraciones nobles pero interesadas y afirmar posiciones frente a los adversarios. Ocasionalmente, también en su nombre, afloran comportamientos que se ven respaldados por una cierta práctica jurídica, uno de los signos de los tiempos. Así, por ejemplo, la reciprocidad en el apoyo de algunas reclamaciones, ya sean las de los negociantes franceses instalados en España cuyos bienes han sido confiscados o la exigencia ante el propio monarca francés de que los navíos que, bajo ese pabellón, trafican ilegalmente con las Indias, paguen los derechos correspondientes. Sin magnificar los casos particulares, son prueba de una lealtad con el aliado, que no deja de tener una dimensión política.

¿Rigen estas mismas reglas respecto al ámbito americano? Es indudable que la alianza francesa trajo consigo la penetración de su comercio en el territorio americano, rompiendo el monopolio de los buques españoles. Mediante concesiones pactadas, como fue el caso de la formalización y ampliación, en 1701, del asiento de esclavos durante 10 años a la Real Compañía Francesa de Guinea, o mediante el incremento del tráfico de sus barcos mercantes con los puertos del Pacífico. Dada su gestación, no creo que, como dice el autor, el primero pueda considerase como un instrumento financiero dirigido a para reforzar la autoridad de Felipe V, sino más bien a mostrar las utilidades de la guerra. Además, la reducción del tráfico debido a la guerra y a que, en 1713, su similitud con el que concedió el archiduque Carlos y que se transfiriera a favor de la South Sea Company en condiciones parecidas, abona esta idea. Más significativas resultaron las licencias concedidas a los comerciantes franceses para practicar un comercio directo, legal o ilegal, con los puertos peruanos y chilenos, ya que al convertirse en la fuente principal de abastecimiento del Pacífico español, contaron con la connivencia de las autoridades españolas, demostrando así que el interés comercial

y la demanda obraban en acuerdos que no necesitaban ningún otro tipo de cobertura (Walker, Parry, Pérez-Mallaína, Malamud).

¿Un personaje ubicuo o un esbozo de biografía? Esa es la doble pregunta que suscitan las muchas páginas dedicadas a Michel-Jean Amelot de Gournay, virtual protagonista de la obra. Heredero de una familia bien implantada en el Parlamento de París, hombre culto, de cierta fortuna y, sobre todo, bien relacionado y con amigos influyentes. Embajador en Madrid entre 1705 y 1709, pese a haberse publicado su correspondencia no había merecido hasta ahora una atención detenida como la que el profesor Hanotin le ha prestado, al analizar con detalle su «misión española». Durante estos años y a través suyo, se llegó a establecer una relación particular entre las dos monarquías, al alcanzarse una coordinación real en el gobierno, llegando Amelot a personificar esa propuesta fluctuante de unión de las coronas en su vertiente de proyecto político. Sin ser, de forma estricta, una biografía acabada del marqués de Gournay, se trata de una aportación importante y novedosa sobre la vida, los contactos y los métodos de actuación de un «embajador perfecto», como diría Callières, que a la vez fue un paladín esforzado de una unión dinástica cuyas dificultades y límites conocía bien.

Aunque el personaje no se deje aprender del todo en los lazos que le tiende su estudioso, su perfil público queda trazado en tres trazos determinantes: sus buenas relaciones con Felipe V y la princesa de los Ursinos; la doble experiencia diplomática y comercial y su condición de servidor leal de Luis XIV. Su paso por las embajadas de Venecia (1682-85), Lisboa (1685-88) y Suiza (1688-89) debió de enseñarle mucho, sobre todo la segunda, que le proporcionó algunos contactos. Igualmente, su relación con su preceptor Roger de Piles, que será su secretario en sus misiones diplomáticas hasta que tenga que volver a Francia por motivos de salud, permite entrever a su discípulo como un hombre más cultivado e hijo de su siglo de cómo era considerado. En relación con esto, no deja de llamar la atención que en su biblioteca no hubiera libros españoles, mientras que los hay de Portugal y el Imperio Otomano, y el peso en ella de la literatura espiritual, junto a los clásicos, Tito Livio, Plutarco y Flavio Josefo. Las obras de Richelieu y Sully, los *Tratados de paz de 1700* y la *Historia de las negociaciones de Nimega,* junto a *Le Parfait négociant* de Savary, constituyen lecturas propias de un diplomático de su tiempo.

Pero más allá de su personalidad, son las relaciones sociales y familiares las que facilitan su carrera, así como su habilidad para moverse en el complejo mundo de la información y de la negociación, todo lo cual ayuda al lector a acercarse a ese entorno de sutileza y mundanidad, pero también de desconfianza y rivalidad, que rodeaba a los altos funcionarios. Que las redes en las que se inserta Amelot son más pragmáticas que emocionales resulta claro en las páginas de Hanotin, que destaca el papel que desempeña en su vida un interesante trío de damas: Madame de Maintenon, la princesa de los Ursinos y Madame de Sevigné. En España, sus amistades fueron muchas, pero las profesionales fueron discretas y escogidas, ya que evitó comprometerse, ajustándose al modelo de relaciones clientelares propias de la época. Dejando aparte a Orry, su verdadero colaborador fue Grimaldo, no solo por constituir el nexo con el aparato institucional español, sino por su capacidad de resolución. En sus relaciones con Mejorada, Canales, Ronquillo, lo que Concepción de Castro llama «el equipo hispano-francés» tuvo en él un intermediario imprescindible. Sin olvidar la relación con Macanaz y los hermanos Patiño, que dieron continuidad a sus reformas.

El análisis del método de trabajo de Amelot, creo que es también otra de las aportaciones de esta la obra, al presentarlo especialmente en el capitulo 5 como un hombre metódico y ordenado, que dedicaba largas jornadas a su trabajo y supervisaba no solo a quienes estaban en su oficina, sino a buena parte de los franceses que desempeñaban alguna función en la corte. Escribió mucho y supo hacerlo, usando de un estilo propio que se beneficiaba tanto de una herencia cultural familiar no ajena a esta práctica, como de unos conocimientos propios que dotaban de una cierta retórica a sus escritos. ¿Una escritura propia de un profesional de la diplomacia? Creo que las páginas dedicadas a tratar estos aspectos así lo translucen, por sus reticencias a expresar reflexiones personales y su silencio sobre la vida cortesana, de cuyas tensiones e incidentes se coloca deliberadamente al margen. Sus cartas no eran las de un embajador que, en definitiva, es siempre extranjero en el lugar en el que desempeña su misión, sino las de un servidor de los Borbones, abuelo y nieto, obligado a velar por los intereses de ambos y que estaba, también, en el centro del gobierno. Un embajador que no solo firmaba informes y despachos mejor o peor elaborados por sus subalternos, sino que debía trasladar a la escritura lo que en origen eran informaciones, conversaciones y discusiones orales o, trasladar proposiciones para las que ni siquiera la cifra aseguraba el secreto. Que practicaba así, un bilingüismo obligado, lo que no es una cuestión menor. Y que sabía que su información se contrastaba con la que de otros informadores, como la princesa de los Ursinos, Orry o Daubenton.

Un hombre, al parecer, poco brillante y discreto, que supo integrarse en España y ganarse la confianza de los monarcas y del sumiller de corps, el conde duque de Benavente, Francisco Pimentel y Quiñones, un hombre, según Saint-Simon, de adhesión inquebrantable al rey. Desde su posición, Amelot tuvo un acceso privilegiado a los circuitos de información de la Monarquía católica, debido a su participación en el despacho y a su acceso a la correspondencia interceptada. Pero también siguió con atención los rumores, las gacetas y la literatura panfletaria, consciente de su importancia. Cuando volvió a Francia, tomó posesión como consejero de Estado y se reintegró a su presidencia del Consejo de Comercio. Contrajo matrimonio, redondeó su fortuna, desarrolló una breve misión diplomática en Roma para resolver los problemas planteados por la bula *Unigenitus*, que fracasó y solo volvió a dar su parecer para oponerse al Sistema de Law. Murió en 1724, sin volver a abrir la puerta de España.

Hanotin lo presenta como un verdadero paladín de la unión de las dos coronas, debido a su compromiso a la hora de asumir esta idea y su esfuerzo por ponerla en escena a través de su colaboración efectiva con los filipistas españoles y su deseo de arraigar la figura del joven rey. Este fue el sentido tanto de las medidas dirigidas al fortalecimiento del nuevo reino borbónico, como de su esfuerzo a favor de un mayor desarrollo de las relaciones políticas y comerciales entre las dos ramas de una misma dinastía. Desde luego que sin olvidar por ello los intereses específicos de Francia. Muy atento a lo que ocurría en los territorios americanos, estaba convencido de eran el eje en torno al cual giraban los intereses de las potencias europeas, de ahí que la unión de las coronas fuese una toma de posición frente al futuro, un avance de lo que sería la futura política de pactos de familia.

La obra de Hanotin no cierra todos los interrogantes de la transición dinástica española, ni de la política de Luis XIV al respecto. Pero es una importante contribución a lo que podríamos llamar la intrahistoria de la misma. Hecha desde una multiplicidad de fuentes y desde una metodología no unidireccional, que le permite combinar distintas perspectivas, sin forzarlas. De este modo, coloca a Amelot en el camino que siguieron Grimaldo, Patiño o Macanaz, explora los muchos nexos que vinculaban la diplomacia y comercio y, en un momento en que, todavía, las relaciones internacionales no son propiamente tales, da un giro profundo a nuestra visión de las relaciones hispanofrancesas y a la guerra sucesoria al colocar no la decadencia española, sino su imperio, en el centro de la contienda.